

LA ESTAFADORA

LOS

IMPERDIBLES

JANELLE BROWN

LA
ESTAFADORA

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2021

A Greg

Incluso si al conocerte no me cayeras bien acabaría cambiando de actitud, porque cuando tratas a alguien en persona te das cuenta de inmediato de que es un ser humano y no una especie de caricatura que representa ciertas ideas. Es en parte por esta razón que no participo mucho en los círculos literarios; sé por experiencia que, una vez he conocido y hablado con alguien, soy incapaz de mostrarme intelectualmente brutal con él, aun cuando siento que debería.

CARTA DE GEORGE ORWELL
A STEPHEN SPENDER, 15 DE ABRIL DE 1938

Prólogo

DICEN QUE CUANDO UN CUERPO CAE AL LAGO TAHOE no vuelve a salir. Su gélida temperatura y sus enormes profundidades conspiran para mantener alejadas a las bacterias. Aquello que una vez fue humano no se descompone, sino que se ve condenado a vagar por el lecho del lago, en un limbo perpetuo; más materia orgánica que se une al misterioso zoológico que vive en las profundidades inexploradas del Tahoe.

En la muerte no hay disparidad.

El Tahoe tiene una profundidad de casi quinientos metros y su edad es de dos millones de años. Los habitantes del lugar se han apropiado de unos cuantos superlativos: su lago es uno de los más profundos de América, el más puro, el más azul, el más frío, el más antiguo. Nadie sabe a ciencia cierta qué hay debajo de sus aguas, aunque todos están seguros de que se trata de algo oscuro y enigmático. Hay mitos de una criatura al estilo del monstruo del lago Ness llamada Tahoe Tessie, a la que nadie se toma en serio por más que vende un montón de camisetas. Pero las cámaras submarinas han captado peces misteriosos en el lecho del lago, unas criaturas muy pálidas parecidas a tiburones que han evolucionado para resistir las temperaturas cercanas a la congelación, redu-

ciendo al máximo la circulación de la sangre por sus venas; criaturas quizá tan antiguas como el lugar.

También se cuentan otras historias, sobre cómo el lago fue usado por la mafia, cuando esta controlaba los casinos de Nevada, como lugar donde tirar a sus víctimas; sobre los magnates del ferrocarril durante la fiebre del oro, para quienes el lago era una fosa muy práctica a la que lanzar a los trabajadores chinos inmigrantes que se dejaban la vida en la construcción de las vías que pasaban por las sierras; y otras historias sobre esposas vengativas, policías corruptos, rastros de asesinatos que llevaban hasta la orilla del lago y desaparecían. Los niños se cuentan entre ellos historias sobre cadáveres movidos por las corrientes del fondo del lago, los ojos abiertos, el pelo flotando, en un limbo permanente.

La nieve cae suavemente en la superficie del lago. Debajo, el cadáver flota lentamente hacia el fondo, sus ojos sin vida elevándose hacia la luz cada vez menor, hasta hundirse en la oscuridad y desaparecer.

NINA

1.

LA DISCO ES UN TEMPLO DEDICADO A LA SAGRADA adoración de la indulgencia. Entre estas paredes no hay nadie que te juzgue. No encontrarás revolucionarios ni manifestantes ni aguafiestas que estropeen la diversión; las cortinas de terciopelo de la entrada vigilan que nada de eso entre. Lo que hay son chicas con abrigos de piel y sedas de diseño, arregladas y presumidas como aves exóticas, y hombres con diamantes en los dientes. Fuegos que salen de botellas de vodka de mil dólares. Hay mármol y cuero y latón pulido hasta brillar como el oro.

El DJ pone un ritmo de bajo profundo y la gente que baila lo vitorea. Levantan sus móviles al cielo y posan y se hacen selfis. Y es que, si esto es una iglesia, las redes sociales son sus escrituras, y esa pequeña pantalla es como se deifican a sí mismos.

Aquí están. El uno por ciento. Los jóvenes y ultrarricos. Hijos de billonarios, *millennials* triunfadores, *fabu-grammers*. *Influencers*. Lo tienen todo y quieren que el mundo entero lo sepa. «Cosas bonitas, hay tantas cosas bonitas en el mundo, y nosotros las conseguimos todas —dice cada una de sus fotos en Instagram—. Envidiad nuestra vida porque es la mejor. Somos *#privilegiados*».

En el centro de todo hay una mujer. Baila desenfadada en el lugar bajo el que la luz la ilumina en el punto justo, haciendo que le brille la piel. Una fina capa de sudor humedece su frente, sus cabellos oscuros llenos de vida chocan con su rostro mientras contorsiona el cuerpo al ritmo demoledor. Las camareras que se dirigen a las mesas en las que sirven botellas enteras tienen que maniobrar al pasar por su lado, las bengalas de sus bandejas amenazan con quemarle el pelo. Es solo una chica más de Los Ángeles que desea pasar un buen rato.

Pero si la miras de cerca verás que sus ojos entornados se mantienen alerta, atentos, no dejan de observar. Observan a una persona en concreto, un hombre en una mesa a pocos pasos.

Él está borracho, en un reservado con un grupo de amigos, todos hombres, gel en el pelo, chaquetas de cuero, gafas de sol Gucci por la noche, veinteañeros que gritan para hacer oír sus frases entrecortadas por encima de la música y miran con lujuria a todas las mujeres que pasan. De vez en cuando el hombre acerca el rostro a la mesa para esnifar una raya de cocaína, esquivando por poco la flotilla de vasos vacíos que se acumulan en la superficie. Cuando suena una canción de Jay-Z se sube a su asiento y agita una botella gigante de champán, un envase exclusivo y poco frecuente de Cristal, y vierte la espuma por encima de las cabezas de la multitud. Las chicas chillan cuando cincuenta mil dólares de líquido les estropean los vestidos y gotean al suelo, haciéndolas resbalar con sus tacones de aguja. El hombre ríe tan fuerte que casi se cae.

Una camarera carga con otra botella de champán para sustituir la primera; mientras la deja en la mesa él le mete la mano por debajo de la falda, como si la hubiera comprado

junto con la bebida. La camarera palidece, temerosa de apartarlo a riesgo de perder lo que promete ser una notable propina, como mínimo el alquiler de un mes. Levanta la vista, desamparada, hacia la mujer de pelo oscuro que sigue bailando a unos pocos pasos. Entonces es cuando esta se pone en marcha.

Va hacia el hombre sin dejar de bailar y, *joops!*, tropieza y cae sobre él, apartándole la mano de la entrepierna de la camarera, que se aleja a toda prisa, agradecida. Él suelta un taco en ruso, pero entonces su vista enfoca el botín que acaba de caerle encima. Y es que la mujer es bella —como han de serlo todas aquí para que los gorilas las dejen entrar—, ágil y oscura, quizá con un toque español o latino. No es la más sexi de la disco, no es la más ostentosa, pero va bien vestida y su faldita es sugerentemente corta. Y más importante: ni parpadea cuando él le dirige su mirada, no reacciona de manera alguna a la mano posesiva en su cadera, al aliento amargo en su oreja.

En vez de eso se sienta con él y sus amigos, y permite que le sirva champán, que bebe lentamente mientras él se toma media docena de copas. Las mujeres van y vienen de la mesa, pero ella se queda. Sonríe, flirtea y espera hasta que todos los hombres se distraen por la llegada a una de las mesas cercanas de una estrella del baloncesto habitual de la prensa rosa; entonces, rápidamente y en silencio, vacía el contenido transparente de una ampolla en la bebida de él.

Pasan unos minutos hasta que el hombre se acaba su copa. Se aparta de la mesa, intentando incorporarse. Es entonces cuando ella se inclina y lo besa, cerrando los ojos para contener la repulsión que siente cuando la lengua de él, gruesa y pastosa, explora la suya. Sus amigos lo miran y sueltan observaciones en ruso. Cuando no puede aguantar más se apar-

ta, le susurra algo al oído, se levanta y le tira de la mano. Un momento después van a la salida de la disco, donde un aparcacoches aparece de inmediato y le acerca un Bugatti color amarillo plátano.

Pero ahora el hombre se siente raro, como a punto de perder el conocimiento. Debe de ser el champán o la cocaína, no está seguro de cuál de las dos cosas, y no pone objeción cuando ella le arrebata las llaves de la mano y se sienta al volante. Antes de desmayarse en el asiento del pasajero consigue darle una dirección en las colinas de Hollywood.

La mujer conduce el Bugatti con cuidado por las calles de Hollywood Oeste, pasando bajo las vallas iluminadas que venden gafas de sol y bolsos de piel y los edificios con anuncios de quince metros que promocionan series de televisión candidatas a los Emmy. Se dirige a las tortuosas pero más tranquilas calles que llevan a Mulholland, todo el tiempo al límite de los nervios. El hombre ronca a su lado y se frota irritado la entrepierna. Cuando llegan por fin a la puerta de la casa ella le pellizca fuerte la mejilla, despertándolo de repente, para que pueda darle el código de entrada.

La puerta del jardín se abre y deja al descubierto un monstruo moderno con paredes hechas enteramente de cristal, una gigantesca jaula de pájaros transparente que cuelga por encima de la ciudad.

Le cuesta un poco conseguir que el hombre se levante de su asiento, y tiene que sostenerlo mientras caminan hacia la puerta. Ve la cámara de seguridad y se aparta de su alcance, y después anota los números que él marca en la entrada sin llave. Al abrirse, a la pareja la recibe el aullido de una alarma de robo. El hombre manipula el teclado de esta y la mujer también lo estudia.

Dentro, la casa está fría como un museo e igual de acoge-

dora. Es obvio que al interiorista le dieron la orden de «más es más» y vertió el contenido de un catálogo de Sotheby's en las salas. Todo es cuero y oro y cristal, con muebles del tamaño de coches pequeños situados bajo candelabros de cristal y cuadros que se acumulan en todas las paredes. Los tacones de la mujer resuenan en suelos de mármol pulidos hasta refulgir como espejos. A través de las ventanas, las luces de Los Ángeles brillan, pulsantes; las vidas de la gente común a la vista, abajo, mientras él flota en el cielo, a salvo de todo.

El hombre está volviendo a perder la consciencia mientras ella lo conduce casi a rastras a través de la gran casa, en busca de su dormitorio. Lo encuentra subiendo unas escaleras, un mausoleo blanco glacial con pieles de cebra en el suelo y chinchilla en las almohadas que da a una piscina iluminada que brilla como una especie de faro extraterrestre en mitad de la noche. Lo conduce hasta la cama y lo deja caer sobre las arrugadas sábanas justo antes de que él se dé la vuelta y vomite. Ella da un saltito atrás para que la porquería no le manche las sandalias y lo contempla con frialdad.

Una vez el hombre vuelve a perder el sentido, ella entra en el lavabo y se frota la lengua frenéticamente con dentífrico. No consigue quitarse su sabor de la boca. Siente un escalofrío, se contempla en el espejo, respira hondo.

De vuelta en el dormitorio, pasa de puntillas evitando el charco de vómito en el suelo y da al hombre un toquecito con un dedo. No responde. Se ha orinado en la cama.

Es entonces cuando ella comienza su verdadero trabajo. Primero entra en el vestidor, con su exhibición de suelo a techo de vaqueros japoneses y zapatillas de deporte en edición limitada, un arcoíris de camisas de seda de colores de helado y finos trajes aún en sus bolsas. La mujer se centra en una

mesa expositora cubierta con cristal en el centro de la sala, donde reluce una serie de relojes con diamantes incrustados. Coge el móvil de su bolso y les saca una foto.

Sale del vestidor y vuelve al salón mientras hace un cuidadoso inventario mental: muebles, cuadros, piezas artísticas. Hay una mesilla con un puñado de fotos en marcos de plata; coge una para examinarla, curiosa. En ella sale él pasándole un brazo por el hombro a alguien mucho mayor con labios rosados de bebé retorcidos en una sonrisa babosa, las capas de piel de su papada recogidas a la defensiva bajo la barbilla. Parece alguna especie de potentado industrial, muy seguro de sí mismo. Y eso es exactamente: se trata de Mikael Petrov, oligarca ruso de la potasa y cómplice ocasional del actual dictador. El hombre alcoholizado de la habitación es su hijo Alexi, Alex para sus amigos, los otros jóvenes ricachos rusos con los que se va de marcha por todo el planeta. La mansión llena de arte y antigüedades es la clásica forma de lavar dinero de procedencia poco clara.

La mujer va por toda la casa, tomando nota de elementos que reconoce de las redes sociales de Alexi. Hay un par de sillones Gio Ponti de los años sesenta que deben de valer unos treinta y cinco mil dólares y una mesa y sillas Ruhlmann de jacarandá que superan con creces las seis cifras; una mesilla italiana *vintage* de unos sesenta y dos mil; lo sabe con seguridad porque lo buscó después de verla en el Instagram de Alex, donde aparecía rodeada de bolsas de Roberto Cavalli que él había etiquetado *#caprichos*. Y es que Alexi, al igual que sus amigos, que todos los demás de la disco y que todos los jóvenes privilegiados de entre trece y treinta y tres años, documenta *online* cada uno de sus movimientos, y ella les ha estado prestando mucha atención.

Se da la vuelta, lo absorbe todo, escucha la sala. Con los

años ha aprendido que cada casa tiene su propio carácter, su propia paleta emocional, que queda al descubierto en los momentos de silencio. La forma en que se agitan y paran, hacen tictac y protestan, los ecos que dejan al descubierto los secretos que contienen. En su reluciente silencio, esta casa le habla de la frialdad de la vida en su interior. Es una casa indiferente al sufrimiento, a la que solo le importa el brillo y el pulido y la superficie de las cosas. Es una casa vacía incluso cuando está llena.

La mujer dedica un momento, y no debería, a absorber todas las preciosas obras que posee Alexi; reconoce pinturas de Christopher Wool, Brice Marden, Elizabeth Peyton. Se detiene ante un cuadro de Richard Prince que muestra a una enfermera con una mascarilla quirúrgica ensangrentada, agarrada por detrás por una figura entre las sombras. Los ojos oscuros de ella miran atentamente fuera del encuadre, como dejando que el tiempo pase.

A la mujer no le queda de eso, tiempo: son casi las tres de la mañana. Hace un último recorrido por las habitaciones, mira en los rincones buscando la lucecita delatora de las cámaras interiores de seguridad, pero no ve nada: resulta demasiado peligroso para un joven fiestero como Alexi tener grabaciones de sus propias travesuras. Por fin, sale de la casa y camina descalza hasta Mulholland Drive, los tacones en las manos, y llama un taxi. La adrenalina está bajando, la fatiga empieza a aflorar.

El taxi va hacia el este, hasta una parte de la ciudad donde las casas no se ocultan tras verjas de hierro y están rodeadas de hierbajos más que de césped cuidadosamente cortado. Para cuando el vehículo la deja ante un bungalow cubierto de buganvillas, ella está casi dormida.

Su propia casa es oscura y silenciosa. Se cambia y se mete

en la calma, demasiado cansada como para sacarse la película de sudor y humo que se le ha quedado pegada a la piel.

Hay un hombre, su torso desnudo envuelto en las sábanas. Se despierta en cuanto ella entra en la cama, se apoya en un codo y la contempla en la oscuridad.

—Te vi besarlo. ¿Debería ponerme celoso? —Su voz tiene un ligero acento y suena pastosa por el sueño.

Ella sigue sintiendo el sabor del otro hombre en su boca.

—Por Dios, no.

Él pasa un brazo por detrás de la mujer y enciende la lamparilla para poder examinarla mejor. Escruta su rostro en busca de golpes invisibles.

—Me tenías preocupado. Esos rusos no se van con chiquitas.

Ella parpadea a la luz mientras su chico le acaricia la mejilla.

—Estoy bien —dice, y por fin todo su valor se esfuma y todo su cuerpo tiembla por el estrés, aunque también, es cierto, por la emoción, por el subidón de lo vivido—. Lo llevé a casa en su Bugatti. Conseguí entrar, Lachlan. Lo tengo todo.

La cara de él se ilumina.

—Perfecto. Mira que eres lista.

La atrae hacia sí y la besa con fuerza. Los pelos de la barbilla le rascan la suya, sus manos se adentran bajo la camisa del pijama de ella.

La mujer también busca su contacto, sube la mano por la suave piel de su espalda, siente sus músculos bajo la palma. Se deja transportar al estado crepuscular entre la excitación y el agotamiento, una especie de sueño en vela en el que pasado, presente y futuro se funden en una mancha atemporal, y piensa en la casa de cristal de Mulholland, piensa en el cuadro de Richard Prince, en la enfermera ensangrentada que

vigila las heladas habitaciones, una guardiana silenciosa contra la noche, esperando en su prisión de cristal, esperando.

¿Y qué hay de Alexi? Por la mañana se despertará sobre un charco seco de su propia orina y deseará poder separar la cabeza del cuerpo. Mandará un mensaje a sus amigos, que le dirán que se fue con una morena espectacular, pero él mismo no recordará nada. Primero se preguntará si consiguió follársela antes de perder el sentido, y si puede sumarla a la lista de sus conquistas aunque no lo recuerde; y después se preguntará sin demasiado interés quién era. Nadie podrá decírselo.

Aunque yo sí podría. Porque esa mujer soy yo.